

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA.

En el interior:

\$3.75 TRIMESTRE, \$7 SEMESTRE.

UN AÑO \$12.75.

Número suelto á cents.

30.



LA REDACCION:

CALLE DE

S. MIGUEL, NUM. 18.

ADMINISTRACION:

HALLAN EN

LAS OFICINAS

DE LA "PROPAGANDA LITERARIA."

Habana, n.º 100.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN

la Habana á Cents.

25.

DON JUNIPERO,

SATIRICO Y LITERARIO.

AÑO VI.

REDACCION:
CALLE DE S. MIGUEL, NUMERO 18.

HABANA, DOMINGO, 24, OCTUBRE, 1869.

ADMINISTRACION:
CALLE DE LA HABANA, NUMERO 100.

NUMERO 51.

SUMARIO.

TEXTO.—Las tres épocas [conclusión], por Juan SIN-MISDO.—La empajada de Morrales Llanos, por Juan de las VISAS.—La cantinera [oca nacional], por ABILIN.—La fiesta patriótica, por ABEN OZMIN.—Wamba II, leyenda por JUAN ORTEGA.—Cartas á D. Junipero: de Madrid, por BLASCO; de Nueva-York, por El Moro CASTEL; de Barcelona, por Serafi PITARRA.—Cinco semanas en burro [conclusión], por El Moro de los DATILES.—Juniperadas CARICATERAS.—Por D. JUNIPERO.

LAS TRES EPOCAS.

SUEÑO FANTASTICO.

III.

CUBA LIBRE.

El porvenir es la oscuridad, es la noche de los tiempos venideros; para ver el porvenir no hay nada mejor que tener cerrados los ojos; ¿qué se alcanza con abrirlos, si en las tinieblas no se descubre horizonte? El suceso futuro no es más que una de esas *adivanzas* que sirven de pasatiempo en las tertulias de confianza, y las cuales aceptan toda clase de soluciones, por inverosímiles que parezcan. La imaginación es la fábrica inagotable del porvenir.

Preguntad á un avaro; ¿qué es el porvenir? Y en su definición hallareis montes de oro y nubes de plata, que saciarán la sed inextinguible de su codicia.

Preguntadle á un ambicioso, y os presentará el mundo vuelto del revés; pero su personalidad estará colocada encima, con alas en los pies como Mercurio.

Haced igual pregunta á una niña enamorada, y el mundo desaparecerá del cuadro para limitar el espacio á unos pies de tierra sirviendo de eden á ella y su amante, confundidos en el más tierno de los coloquios.

¡Sueños! ¡todo sueños!

El despertar de un sueño triste ó pavoroso, lleva consigo una ventaja: ofrece la tranquilidad, por mala que sea la situación del que dormía; por el contrario, los sueños halagadores que exaltan la fantasía, tienen un tristísimo despertar: el desconsuelo de una ilusión desvanecida.

¡Bienaventurados los que duermen, porque ellos no viven en este mundo de desdichas! ¡Bienaventurado yo, que en un sueño ví la Isla

de Cuba convertida en un oasis! ¡Bienaventurado yo, que al mudar de postura presencié un cuadro de horrores que debe ser ficticio, puro efecto de la vision! Pero lo peor es que sigo durmiendo, y que estoy todavía domido por la pesadilla. El cuadro ha cambiado por completo... ¿Qué estoy contemplando con arroboamiento?.....

Los campos fertilizados por el riego ofrecen riquísima producción; no hay montes vírgenes; el arado cruza poderoso por las tierras de la isla, y máquinas para mí desconocidas, se levantan por todas partes ayudando al labrador en su cultivo; no hay un palmo en el suelo que no se haya aprovechado; la *manigua* pertenece á la historia; las *sabanas* están cubiertas de sembrados. ¡Qué vida! ¡qué animación! ¡qué riqueza! La ociosidad no se encuentra ni en símbolo, las fincas parecen jardines; las casas de campo, construidas á la moderna, con todo el gusto y exigencias del *comfort*, han sustituido á los indios bohíos; la tardía carreta ha sido atropellada por el impulso de la locomotora que acarrea los frutos; los modestos *trapiches* cedieron el lugar á los costosos *trenes*, que como una catarata, vomitan el jugo de la caña; se vé en toda una vida artificial, pero productiva; el hierro en movimiento suple con ventaja al hombre; la fuerza motriz del vapor ha ahogado la debilidad del brazo humano; las columnas de humo cubren el cielo y condensan la atmósfera.

¿En dónde estoy? ¿á dónde me lleva mi imaginación estraviada? Pensé estar en la Isla de Cuba, y me halló en los campos de Albion, ó en los de la América del Sur.

Corro á las ciudades buscando á mis hermanos, deseoso de saber su suerte; los caminos cruzan en todas direcciones, y rápidos como el pensamiento me llevan de aquí para allá en breves minutos. Las ciudades ostentan edificios suntuosos, *boulevards* á la francesa, tiendas lujosísimas, teatros magníficos, monumentos atrevidos; por dó quiera la *Renaissance*; por dó quiera el progreso material desafiando á la antigua inacción y haciendo alarde de sus efectos. Los pueblos se han multiplicado, los muelles de los puertos arrojan el oro á oleadas, y con la

abundancia se aumentan el prestigio y la riqueza.

¿En dónde estoy? repito. Son estas ciudades Londres, París, Filadelfia y Nueva-York? ¿En dónde están la Habana, Santiago de Cuba, Matanzas y Cienfuegos.....?

Cansado de correr, en mi desvario, pregunto á los individuos que cruzan por las calles á escape, obedeciendo á una actividad no característica ni conveniente en el suelo que piso; pocos me contestan, sin duda por no detenerse y perder un tiempo precioso; pero decidido á calmar mi agitación, cierro el paso á aquellas máquinas ambulantes, que al fin se convencen de que es más corto responder que trabarse en una contienda; pero ¡ah! ¿qué oigo? Ninguno me entiende; no me escucha una voz amiga; nadie habla el castellano en la isla que en el delirio del sueño tomé por mi Cuba; entro en los cafés, y me encuentro en la torre de Babel, á juzgar por la confusión de idiomas, propio de los grandes puertos comerciales; voy á comprar libros, y me enseñan volúmenes ingleses, alemanes, italianos, franceses, chinos, etc.; pero ni una página española; penetro en los templos, donde admiro la magnificencia de los altares y la grandeza de la construcción; pero salgo espantado y pidiendo perdón á Cristo de haber profanado mi sentimiento católico; en ellos se rinde culto al protestantismo; busco las cenizas de Colón en la Catedral, y tropiezo en aquel sitio con un *Museo* grotesco como el de *Barnum*.

Saltaba en la cama á la manera de un loco en su jaula, sin que la terrible escitación del cerebro me despertara; pero como la imaginación iba y venía, sin abandonarme, por esa evolución inesplicable del sueño, lancéme otra vez á los campos de mis hermanos, en pós de mi nacionalidad, y á fin de cerciorarme de si era una ofuscación de mis sentidos lo que me hacia gozar de tantas grandezas para sufrir con un desengaño; corrí desde el cabo de San Antonio á la Punta de Maisí, sin que nadie me entendiera, sin encontrar un vestigio de la patria, y cuando llegué al extremo de la isla, caí rendido. Al incorporarme, divisaron mis ojos un bohío escondido en la falda de un